



Seix Barral

Vladimir Pozner

España primer amor

Prólogo de Isaac Rosa





Seix Barral Biblioteca Formentor

Vladimir Pozner

España primer amor

Prólogo de Isaac Rosa

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *Espagne premier amour*

© Éditions Julliard, Paris, 1951

© por el prólogo, Isaac Rosa, 2023

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-322-4253-3

Depósito legal: B. 15.894-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

Don Quijote, II, capítulo LXII

Los sabios no han conseguido todavía establecer con toda certeza la edad del Mediterráneo ni fijar la de los Pirineos. Pequeña urbe situada a los pies de los segundos y a orillas del primero, Colliure no es menos oscura. ¿Qué tiene, dos mil años? ¿Dos mil quinientos? ¿Tres mil? No se sabe. Fue aquí donde, hace veintidós siglos, cuando Aníbal cruzó los Pirineos antes de atravesar los Alpes, desembarcaron los enviados del Senado romano con la misión de cerrarle el paso; lejos de ser una ciudad joven, Colliure era más antigua que la Roma que debía ocuparla durante cinco siglos. Conquistada sucesivamente por los visigodos, los árabes, los españoles y los franceses, dominada por el azar de las armas, unas veces por Carlomagno, otras por los reyes de Aragón, por los de Mallorca o por Luis XI, protegida por grandes torreones, herencia sarracena, y por la fortaleza de San Telmo, obra de Carlos V, Colliure, ciudad catalana, ha conocido seis asedios, once gobiernos y más guerras que las que se cuentan en los manuales de

historia, pequeñas y grandes, modestas e ilustres, pero todas sangrientas.

Fue entre dos guerras cuando conocí Colliure. La primera apenas se la distinguía de lejos si se echaba un vistazo por encima del hombro; si se tenía el valor de mirarla de frente se entreveía la segunda. Un comité de ayuda a los refugiados españoles me había encargado emprender acciones ante las autoridades para liberar el mayor número posible de personas encerradas en los campos de concentración franceses. Para ellos, había alquilado en Perpiñán una pequeña tienda de artesano en desuso que me hacía las veces de oficina cuando no estaba recorriendo la región. Sentado en un taburete delante de una máquina de escribir puesta en el extremo del tablero de una mesa, redactaba largos informes, feliz cuando lograba hallar al otro lado de las alambradas a un español cuyo nombre me habían enviado desde París, y más dichoso aún cuando conseguía que lo liberasen.

No obstante, mis éxitos se podían contar con los dedos de la mano. Era como si luchara contra molinos de viento y me empecinase en construir castillos en el aire. Me había fabricado un fichero y me pasaba las horas anotando los nombres y apellidos, los oficios y los lugares de detención de aquellas personas cuya puesta en libertad confiaba en obtener sin saber muy bien cómo; me repetía que, a base de insistir frente a las autoridades y de quitarme horas de sueño, acabaría por liberar a centenares, a

millares de detenidos, sin darme cuenta, por mi obstinación de aprendiz de libertador, de que en Europa la época de la libertad tocaba a su fin.

Aquel día me dirigía en coche al campo de Argelès y me detuve en Colliure, delante del castillo de los Templarios, para observar a un grupo de unos treinta hombres escuálidos, con la cabeza rapada, que iban de un lado para otro bajo la mirada atenta de los gendarmes. A mi derecha se encontraban el pequeño puerto, la playa con sus barcas de pesca y, a lo lejos, la iglesia y el espigón; a la izquierda, el irregular castillo y sus prisioneros; detrás de nosotros, el Mediterráneo; delante los Pirineos, y, a pocos kilómetros en línea recta, España y la guerra.

Constaté la belleza del lugar sin reparar mucho en ella, estaba demasiado ocupado fijándome en aquellos presos con uniformes raídos del ejército republicano. La mayor parte eran españoles, pero otros eran alemanes, yugoslavos, húngaros, polacos, etcétera, hombres que habían vivido exiliados en París antes de alistarse en las Brigadas Internacionales: quizá entre ellos encontrase a algunos conocidos. Nada, salvo la suerte, me garantizaba que, unos meses más tarde, yo no fuera a acabar en su compañía, al otro lado de aquel muro de silencio, en su mismo tenebroso destino: solo faltaban los franceses para completar ese esbozo de la Europa inminente. Nunca puedes decir de esa agua no beberé.

Ninguno de los hombres miraba hacia mí. Los guardias, en cambio, me observaban sospechosamente. A sus ojos, yo debía pasar por un turista, alguien a quien, al atravesar casualmente por Colliure, le llama la atención lo pintoresco de la antigua ciudad y decide parar el coche para admirar el paisaje. Así que solamente para engañar a los gendarmes me demoraba en contemplar las vistas, haciendo como que me fijaba en el detalle, por ejemplo, del colorido de las barcas de pesca, tan llamativo como el de los loros, porque enseguida me di cuenta de que no podía intentar nada para ayudar a los prisioneros. Era imposible liberar ni a uno solo de aquellos hombres; estaban tan vigilados que ni siquiera podía acercarme para tratar de reconocer a un amigo o a un camarada. Si hubiera habido uno, no sé lo que habría hecho. Probablemente nada: no me habían enviado desde París a Perpiñán para transformarme en caballero andante e ir en pos de aventuras. Rellenador de fichas, contable soñador y distraído como yo era, no estaba en disposición de abandonarlo todo para plantarme al pie del castillo de los Templarios con la esperanza de lograr la fuga de uno de esos cautivos. Tan solo era alguien que volvía a su trabajo y se había detenido a medio camino. Reanudé mi marcha al cabo de cinco minutos, prometíendome regresar a Colliure muy pronto.

Sin embargo, mi ausencia duraría quince años. Entonces no podía ni imaginarlo; en mi ingenui-

dad creía que la guerra de España ya había acabado, cuando en realidad nuestra propia guerra estaba a punto de comenzar. Si todavía hoy me acuerdo de esa imagen precisa del futuro inmediato que era la ronda de aquellos presos —tan parecida al cuadro de Van Gogh, pese al cambio de la ropa carcelaria por los uniformes— es porque ese mismo día, a pocos kilómetros de allí, encontraría por primera vez a Pierre Guette y a Joaquín.

Después de una serie de gestiones a lo largo de toda una semana, aquel día obtuve la liberación de un español, Joaquín, bajo el pretexto de que necesitaba un intérprete. Dejé el coche a la entrada del campo de concentración de Argelès, me acerqué a un guardia nacional que llevaba su rifle colgado a la espalda, le mostré el salvoconducto que tanto me había costado conseguir y entré en una especie de enorme ciudad desprovista de calles, sin casas ni escuelas ni hospitales ni iglesias. Centenares de chozas se entremezclaban unas con otras, construidas con una colcha, dos tablas, algunos bidones, un gabán raído, una chapa ondulada, las ramas de un árbol, unos cañizos y cuanto el mar, el viento y los seres humanos abandonan en una playa. Decenas de miles de españoles habían hecho con todo eso su morada.

Llovía a diario; cuando no llovía, soplaban el viento. Cuatro vientos hacían rodar un cielo de nubes por encima del campo: la marinada, que es un viento marino, el viento de España, el viento del

Canigó y la tramontana, el peor de todos. Cuando se levantaba este viento, soplaba de sol a sol, arañando a los prisioneros en la cara, cegándolos, derribándolos. Hacían agujeros para resguardarse dentro y la playa parecía abandonada. La tramontana se ensañaba en devastar la ciudad: allí dormían bajo un techo de ramas, toldos y sueños, para despertar al raso con el viento en contra.

Era un campo de hombres. Llevaban uniformes mugrientos, mantas agujereadas, chaquetas sin botones, pantalones deshilachados, cazadoras de piel, levitas de 1900, gorros de policía, casquetes de aviador, toallas enrolladas como turbantes, borceguíes de soldados, suelas de caucho recortadas de las ruedas y atadas a la pierna con alambres. Unos dormitaban, otros vagaban sin rumbo fijo, charlaban, hacían hogueras, tallaban arabescos en la corteza de un palo, se despiojaban; todos esperaban el barco que nunca aparecía. Despiertos o dormidos, soñaban con ver perfilarse en el horizonte un trinquete, como había hecho Robinson, pero este era más afortunado que ellos, porque era un hombre libre frente al mar. La isla de esos hombres estaba rodeada de alambradas y vigilada por centinelas con la bayoneta calada.

Yo aprendía todo aquello con los pies hundidos hasta el tobillo en la arena de la playa. Aquel día no se parecía a los demás días: no había tormentas ni chubascos, más bien se deslizaba entre dos nubes una sospecha de sol. Fuera de sus agu-

jeros habituales, los hombres formaban pequeños grupos en los que discutían con ardor, y a veces a carcajadas, acerca de un pasado irremediable o de un imprevisible futuro. El olor acre de la desgracia se disipaba, alejado por la pestilencia de sesenta mil personas alimentadas a base de pan duro y lentejas, privadas de agua, de jabón y de aseos. Una veintena de aquellos miserables rodeaban a un hombre descalzo, con quevedos en la nariz, uno de cuyos cristales estaba roto, y una perilla blanca que flotaba a la altura de su pajarita. Entre ellos distinguí a Joaquín y me detuve.

—Mi maleta —dijo el viejo— y una chuleta de cordero.

Pensé que estaba soñando en voz alta con su plato preferido y con su equipaje extraviado, como les pasaba a todos. Me disponía a interrumpir su cháchara cuando añadió:

—*Abusus non tollit usum*. El abuso no elimina el uso. Tomad nota, por favor.

Graves y deferentes, los pordioseros andrajosos lo escuchaban delirar en latín. Abogados, magistrados, procuradores, no tenían otra manera de ayudar a su viejo maestro más que impidiéndole recuperar la lucidez. El hombre disertaba mientras jugaba con unas piedrecitas que arrojaba sobre su auditorio y yo le oía desvariar.

—La próxima clase —dijo— tendrá lugar esta tarde. Procurad ser puntuales.

Se puso de pie y los mendigos, sus alumnos,

se levantaron también y permanecieron inmóviles.

—¿Cuál será el tema de su conferencia, profesor? —quiso saber Joaquín respetuosamente.

Podría haber versado sobre el derecho de gentes o sobre las lentejas, pero por encima de nosotros rugió el motor de un avión que sobrevolaba el campo. El viejo se estremeció al mirar hacia arriba. Parecía recuperar la razón.

—Bombardeo —gritó, y salió corriendo hacia su guarida.

Esperé a que sus amigos se dispersaran para avisar a Joaquín. Tan solo tenía que recoger sus cosas y encontrarse conmigo en la salida: estaba libre. Me incomodaba anunciárselo delante de sus camaradas, aunque ninguno me habría pedido ayuda; eran demasiado orgullosos para mostrarme su sed de libertad, pero no me habría gustado ver sus miradas recelosas sobre el único de ellos que iba a salir del campo. Le hablé en voz baja y él me lo agradeció distraídamente, sin apartar los ojos del viejo loco.

—Es el éxodo —dijo— y la vida de aquí. ¿No podría usted hacer que envíen al profesor Valrojo a un manicomio?

No tenía respuesta para él. Me encogí de hombros y fui a esperarlo a la entrada del campo, en el locutorio. Era un trozo de playa dividido en dos, con un enrejado de metal por el que a diario solo dejaban pasar un dedo o un cigarrillo y separaba a

los visitantes de los prisioneros. Debían estar sentados sobre la arena, cada cual a un lado de la verja. Una multitud de detenidos que alcanzaba hasta donde se perdía la vista erraba en torno a los afortunados que se abandonaban al gozo de picar algo de comida, de charlar y de reír con amigos libres, y cuya expresión, animada, contenta, radiante, se reflejaba en los rostros de quienes los contemplaban. Algo apartados, un chico y una chica se miraban el uno al otro a través del enrejado. Él había metido por los huecos de los alambres dos dedos que ella acariciaba lentamente. No se decían nada. Nadie se atrevía a interrumpirlos, salvo el guardia nacional que estaba escondido en una garita y vigilaba el locutorio con unos prismáticos.

Joaquín había desaparecido. Tal vez campaba por la otra punta de la playa, o tal vez se despedía de sus amigos. Cerca de mí, me fijé en un joven de pie contra el enrejado, de baja estatura, enjuto, de ojos negros y cabello más negro aún. No parecía escuchar las conversaciones de los demás, pero cada vez que una mujer se acercaba al locutorio, la miraba de arriba abajo y luego se daba la vuelta haciendo un movimiento impaciente. De vez en cuando alzaba la cabeza para escrutar sin un parpadeo las carreteras que llevaban al campo; lo tomé por un marinero, un pescador catalán seguramente, a juzgar por sus alpargatas.

Saqué con toda intención un paquete de cigarrillos y la multitud se precipitó hacia la reja. Pri-

vados de tabaco, se habían vuelto locos. Un enjambre de dedos se extendió por la reja y todos parecían apuntar hacia mí. El joven que estaba a mi lado no se movió ni dejó de mirar fijamente a la carretera, y le pregunté:

—¿Espera a alguien?

Dio un respingo y me examinó detenidamente, entre sorprendido y desconfiado, pero no me contestó. Pensé que no entendía el español y me esforcé en repetirle la misma pregunta en catalán, que yo apenas si chapurreaba. Seguía sin entenderme; con la mirada clavada a lo lejos en una silueta femenina casi imperceptible, parecía contar sus pasos.

En ese momento apareció Joaquín con las manos vacías: no traía consigo nada en absoluto, tan solo había atravesado todo el campo de concentración para estrechar la mano de sus amigos. Me fui de allí con él sin que el joven pescador me hubiera dado una respuesta y sin haber oído ni siquiera su voz.